

GEORGE USCATESCU

Rebelión de las minorías

*prólogo de
RAMÓN SERRANO SUÑER*



REBELIÓN DE LAS MINORÍAS

Autor: George Uscatescu

Prólogo de Ramón Serrano Suñer

El autor de este libro es uno de esos hombres que alcanzan ahora la madurez y a quienes el drama de la última guerra mundial hirió en los comienzos de su juventud. Hombres a los que solamente el hábito de lucha, la moral de resistencia y de combate adquiridos en aquellos años, han podido librar de caer definitivamente en el pesimismo. Como tampoco esos hombres, cualquiera que sea la situación privada que alcancen, podrán nunca desprenderse de la impresión de crisis y amenaza en la que iniciaron su vida. Ellos han conocido desde el primer momento, por cruel experiencia, la naturaleza del enemigo de su civilización, a quien acaso un día soñaron destruir utilizando sus propios métodos y hoy siguen pendientes de su conocimiento y del reconocimiento de cuanto él ha podido corromper en torno a ellos e incluso dentro de ellos mismos.

En la imposibilidad en que ahora se encuentran de ser hombres de acción, son hombres de tiempo –por desgracia suya- para convertir la decisión nunca abdicada de defensa y ataque en materia de reflexión, y más aún cuando, como en el caso de George Uscatescu, sufren la terrible realidad de una patria traicionada y pérdida. Claro es que en estas circunstancias –cuando las mismas realidades que le llaman urgentemente a la acción se la impiden- la reflexión ha de conservar necesariamente el calor de la acción misma a la que viene a sustituir, y el pensamiento adquiere una querencia combativa y militante cuyo objetivo, todavía más que la misma verdad, es la esperanza.

De una de estas situaciones espirituales en las que confluyen la reflexión forzosa de una parte, con todas sus consecuencias de lucidez, y de otra la nostalgia de acción, con todas sus secuelas de pasión y de esperanza, nace este libro que tiene ya el lector ante sus ojos. Es el libro de un estudioso, pero también el libro de un combatiente.

En libros anteriores Uscatescu ha querido exponernos los perfiles reales de la situación europea, dramáticamente determinada por la tensión entre Oriente y Occidente y el secuestro de la media docena de naciones europeas que cayeron en el radio de acción del avance militar de los rusos, tan irresponsablemente permitido por los recortes del mundo democrático. En este libro de ahora se propone desentrañar el sentido histórico y moral de esa misma situación en la que se representa, con palabras de Camus, “el drama sombrío del hombre contemporáneo”, oprimido o amenazado por un tipo de poder absoluto que quiere dominar el mundo y cuyo empleo no responde a ninguna forma de comprensión de la realidad histórica, ni a ninguna clase de preocupación por la felicidad humana, sino que consiste en una aplastante sustitución de todo lo histórico viviente por una gigantesca abstracción. Pero es el recuerdo de aquellos países en los que, como en su patria rumana ocurre, la sustitución no ha podido consumarse totalmente, lo que hace concebir a Uscatescu alguna esperanza en una “rebelión de las minorías”. Rebelión que en este libro alude muy concretamente a la dolorosa realidad de aquellos países secuestrados, si bien se postule como una necesidad universal correspondiente al fenómeno opuesto –también universal- que Ortega y Gasset bautizó con el nombre de “rebelión de las masas.”

A través del examen de este fenómeno histórico estudiado por Le Bon, por Ortega y por otros pensadores y sociólogos, llega Uscatescu al análisis del tipo de tiranía moderna constituido precisamente por el aprovechamiento de la energía de esas masas en rebelión. Al hombre-masa psicológicamente impersonal e indiferenciado y a la sociedad masiva convertida en un fondo común, en materia inerte de una acción histórica inerte también y por tanto, en una abstracción, corresponderá la acción de una “élite” que no podrá actuar más que despersonalizando a su vez sus propios elementos y convirtiéndose en máquina sumisa al despliegue del dogma revolucionario realizado como Poder. Luego la máquina del poder acabará por absorber en sus exigencias técnicas los ideales mismos de la revolución. La finalidad de la revolución se alejará, se convertirá en algo remoto, inalcanzable, como un ídolo que exige toda clase de holocaustos. Abandonados virtualmente los fines de la revolución, lo que queda, y lo único que importa, son los medios –elevados a entidad sustantiva- como instrumentos de conservación del poder, y para mantener a la masa reducida a su condición de masa.

En esencia aquellos medios se reducen a uno: el terror. La propia minoría dirigente deja de actuar como tal. De minoría rectora pasa a convertirse en casta dominante que, ante todo, ha de prohibirse a sí misma cualquier manifestación disonante y personal. Y si se actúa de otro modo, si se incurre en “debilidad burguesa”, entonces se abre “el mundo del proceso”, un mundo terrible en el que la intencionalidad ya no cuenta. Sólo cuenta la “culpa objetiva”, el hecho de la perturbación causada (aunque sea involuntariamente) a la regularidad del sistema, del proceso histórico –también objetivado-, o a la realidad socialista convertida en ídolo. A “sensu contrario” contarán como méritos muy cualificados los crímenes que entrañen “bondad objetiva” por muy monstruosos que sean; porque también los asesinos y los ladrones pueden servir al proceso dialéctico de la revolución... o de la conservación.

Y es que cuando la incesante autocrítica que Gentile exigía al fascismo (reconozco que también allí la posición del citado pensador estaba en minoría) se proscribiera, no sólo se degrada la dignidad de la persona humana, sino que la revolución misma queda estancada. (Sólo en la constante propuesta de la antítesis resulta posible el movimiento revolucionario.)

En este sombrío cuadro que aquí pinta Uscatescu no se adivina bien cómo puede producirse esa postulada rebelión de las minorías, las cuales –como tales minorías- han sido sustituidas previamente por un equipo de domadores. Yo pienso que tal vez la única esperanza esté de nuevo en el pueblo. Si el pueblo vuelve a ser tal (cosa siempre posible por lo mismo que el pueblo, en definitiva, tiene un fondo de espontaneidad irreductible, frente a conceptos como el de masa, que, en último extremo, no son realidad cierta, sino construcción conceptual), si recobra su conciencia de ser pueblo, es decir, una comunidad de personas en una tradición –lo que puede ocurrir incluso a través de su desesperación-, en ese caso es posible que ese movimiento suyo de germinación pueda comunicarse a los cuadros del Poder, ya que también sus componentes –por muy metidos que estén en la abstracción- siguen siendo hombres, aunque algunos no lo parezcan. Es posible que tal movimiento llegue a suscitar en ellos ese espíritu de humanización y realismo (de “traición”, según el ángulo visual del revolucionario técnico) que les haga aptos para algo más que para la simple tiranía. La misma guerra pasada ha demostrado que el pueblo ruso se movía aún por impulsos “populares” (religión, patriotismo local, etc.) más que por impulsos “masivos”. Sin

embargo, personalmente no creo que en Rusia haya, por el momento, síntomas de una conversión de ese tipo, pues la sustitución del “Universo socialista” por la “Gran Patria Rusa” no significa nada, ya que, como apunta Uscatescu, ello no altera la cualidad abstracta del ídolo que la “humanidad proletaria”.)

* * *

En su libro, Uscatescu nos ha presentado ese panorama del mundo comunista y de su génesis revolucionaria. Para mí lo más interesante no es tanto contemplar ese mundo en sí mismo como reflexionar sobre la peligrosa realidad del contagio que ese mundo ha producido ya, y produce diariamente, en los pueblos que lo combaten. Eso sucede, en parte, porque la realidad soviética es, en alguna medida, el resultado de cosas que han nacido y viven en Occidente –ya sean problemas, ya teorías-, y, principalmente, porque en toda gran tensión de lucha, ya ofensiva o defensiva, ya se trate de imponer un dogma, ya de rechazarlo a toda costa, siempre es probable que se produzca la subversión que eleva los medios a fines y también que el exceso de atención a lo que se combate acabe por hacer olvidar lo que se defiende.

A los efectos de esta consideración, volvamos al llamado “mundo del proceso”. En él todo lo que suene a disidencia o advertencia, no digamos ya a leal y abierta oposición, aunque sea constructiva, equivale a traición y a culpa. La despiadada casta dominante, usufructuaria del poder, asfixia todo intento de manifestación a la minoría creadora. El que primero fue opositor, después adversario y, por último vencido –según exige el canon revolucionario-, no puede ser inocente. Sólo el vencedor posee la bondad, el acierto y el mérito. (¡Cuánto hubo de todo esto, y hay aún, en la liquidación de la última guerra!) Entre lo uno y lo otro no son admitidos ni matices ni penumbras. Y puesto que el adversario es considerado como el mal absoluto, todos los medios, incluso los más infames, serán buenos contra él. El castigo mismo puede llegar a ser un excesivo honor – y un peligro-, porque aquí no se quieren víctimas, ni mártires, ni testigos. Sobre la pena hay que montar cuando menos el desprestigio, y, a ser posible, por propio testimonio: esto es, el autoenvilecimiento. Y aún eso puede ser demasiada generosidad, y entonces quedan medios para que el vencido deje de existir; para que no haya existido nunca y su nombre, su culpa y su muerte se disuelvan en la nada.

No diré que en el mundo anticomunista haya existido sistemáticamente lo que el autor de este libro llama con muy feliz expresión “doctrina de los crímenes contra las leyes históricas en sus perspectivas contingentes”, pero los actos aislados de imitación pueden contarse por millares: Los fenómenos de endiosamiento, dogmatismo e intolerancia, desde los cuales el vencedor, el dominante o el domador, realizan esa diabólica conversión de la oposición en mal, de la disidencia en crimen, de la opinión honrada en culpa. Si el mundo comunista se resuelve en una impenetrable organización del terror, algunas expresiones del anticomunismo están resultando, cuando menos, un sutilísimo (o más bien tosquísimo) artificio para la constitución de monopolios o mangoneos.

Las ideas y los recursos tácticos van y vienen de un campo a otro, y los vicios también. No hay duda de que el fascismo europeo copió la técnica organizadora del marxismo-leninismo para ponerla al servicio (y esta fue la gran originalidad de

Mussolini, como Sorel reconoce) de una integración social-nacional adversa al comunismo. Y no hay duda de que, sobretodo el fascismo alemán, incorporó junto a las formas una dosis mayor o menor de las sustancias terribles del mundo al que aquellas formas pertenecían e incluso no dejó de inocular en aquel mundo algunas de las suyas. Por el contrario, otras veces el contagio se produce en el esfuerzo mismo de rechazar las formas del adversario, otorgando a las suyas propias que opone a los comunistas el mismo tipo de idolatría cerril que el comunismo concede a las suyas en toda la secuela de intolerancias para otras terceras, identificando así, absolutamente, las suyas con el bien.

La amenaza del comunismo está, pues, en nuestra propia realidad social en crisis; y especialmente en la peligrosa tendencia de las minorías a contagiarse en esas esferas turbias en las que el demagogo y el domador –en esencia- se confunden, diferenciándose solo en el grado de poder: si todavía es prisionero de las masas o si ya es un tirano. De tales esferas las más peligrosas son aquellas que se complacen en la simulación y la caricatura, confeccionando masas que no tienen autenticidad, proclamando dogmas en los que no se cree, empleando instrumentos de presión que no se dominan y utilizando dirigentes que, de verdad, no desean ir a ninguna parte. De ahí no saldrán ciertamente las minorías rebeldes de que nos habla este libro.

No nos dice Uscatescu como podrán esas minorías insurgentes romper el casco del automatismo soviético. Tampoco nos dice como esquivarán el peligro del contagio, de la imitación y de la caricatura. Su fe es la fe del hombre de espíritu en el espíritu del hombre. Ese espíritu es el llamado a organizar las sociedades y a conducir la historia, como siempre ha ocurrido y deberá seguir ocurriendo. Lo que en último término quiere el autor de este libro comunicarnos, es, esa fe.

RAMÓN SERRANO SUÑER
Madrid, 16 de febrero de 1955